

ción de la mente social, puede abrir la puerta a la decadencia. El hombre del campo, arraigado en heredadas creencias, y consolidado por su experiencia directa con lo concreto, no es fácilmente dominable. Pero el hombre de la ciudad, inconstante, escéptico, ansioso de sensaciones, pronto en responder, es una flauta ideal que el demagogo puede tocar. De Cleón, el ídolo de la asamblea ateniense y de las cortes de justicia, que condujo a Atenas a un desastroso imperialismo y militarismo, Aristóteles dice: «Es él quien parece haber hecho más por corromper al pueblo por medio de sus propios instintos.»

Tucídides llama la atención hacia el hecho de que Pericles en realidad dirigía al pueblo en lugar de dejarse dirigir por él. «Al contrario,» agrega, «como los que vivieron después de él no tenían marcada superioridad que los distinguiera, y sin embargo estaban ansiosos de superarse el uno al otro, se empeñaron en agradar a las masas y les permitieron que manejaran ellas los asuntos públicos.»

Hé aquí, pues, una situación cargada